

Una niña: víctima y redentora en medio de la violencia

Edesio Sánchez Cetina

¡Yo, yo, yo, yo, yo, yo...!
Y luego: A mí, para mí;
en mi opinión,
a mi entender.
¡Mí, mí, mí, mí, mí...!

La rana es mejor.
¡Cu, cu, cu, cu, cu!
Sólo los que aman saben decir ¡Tú!
(Jacinto Benavente)

El niño, de acuerdo con el testimonio bíblico, es imagen o metáfora de la concordia, la paz y la no-violencia. En el Salmo 8.2 se dice que es un bebé y un niño pequeño los que, representando a la raza humana, tienen la capacidad de detener la violencia, de “desarmar” al que busca venganza. En Isaías 11.6, el niño se convierte en líder y guía de una nueva visión del reino animal. En este nuevo reino, el lobo no le hace violencia al cordero; el tigre no destroza al cabrito; el león es compañero de juego del ternero. De allí que resulte contradictorio e inaceptable que sean precisamente los niños las principales víctimas de la violencia tanto en el hogar como en el resto de la sociedad.

En los siguientes párrafos de este ensayo, el desarrollo del texto de 2 Reyes 5 nos llevará a ver cómo una niña, víctima de la violencia estructural e internacional, se convierte en protagonista de paz, concordia y vida.

En su libro, *When the Powers Fall* («Cuando los poderes se derrumban»), Walter Wink apunta: «La víctima no le hace vista ciega al crimen, más bien se libera de la consecuente tortura psicológica, y abre un camino a través del cual se pueda encontrar la justicia, motivada no por la venganza, sino por la búsqueda del cambio y de la transformación universal».¹

Este es, considero yo, el móvil por medio del cual, la niña de 2 Reyes 5 abrió el camino para la curación y salvación del general del ejército sirio, Naamán. Ella era una *na'erá qetonáh* («niña pequeña»), esclava en casa de Naamán, que había sido secuestrada en una de las escaramuzas que de manera frecuente practicaba el ejército sirio en territorio israelita (v. 2). En otras palabras, era una «prisionera de guerra».

Cómo se obtenían los esclavos

Por captura. Los cautivos, especialmente los prisioneros de guerra, eran por lo general reducidos a la esclavitud (Génesis 14.21; Números 31.9; Deuteronomio 20.14; 21.10ss; Jueces 5.30; 1 Samuel 4.9; 2 Reyes 5.2; 2 Crónicas 28.8, 10ss), costumbre que se remonta a los primeros documentos escritos, hasta más o menos el año 3000 a.C. y

¹Walter Wink, *When the Powers Fall: Reconciliation in the Healing of Nations* (Minneapolis: Fortress Press, 1998), p. 15.

probablemente aun más allá (referencias en I. Mendelsohn, *Slavery in the Ancient Near East*, 1949, pp. 1–3).

Por secuestro. El acto de robar una persona, como también el de reducir a una persona secuestrada al estado de esclavitud, eran faltas que acarrearaban la pena capital para el culpable, tanto en las leyes de Hamurabi (§ 14: DOTT, pp. 30; ANET, pp. 166) como en las de Moisés (Éxodo 21.16; Deuteronomio 24.7).

Esclavos extranjeros. 1. A diferencia de los esclavos hebreos, estos podían ser esclavizados permanentemente, y podían ser pasados de unos a otros juntamente con las demás posesiones de la familia (Levítico 25.44–46). Sin embargo, fueron incluidos en la mancomunidad hebrea sobre la base de precedentes patriarcales (la circuncisión, Génesis 17.10–14, 27) y participaban de las fiestas (Éxodo 12.44, la pascua; Deuteronomio 16.11, 14) y del día de reposo (Éxodo 20.10; 23.12).

A pesar de su situación de esclava de guerra, arrebatada de su familia a tan tierna edad y a merced de las disposiciones de sus amos, esta niña no consideró ni la amargura ni la venganza como estilo de vida, sino el del velar por el bienestar de su amo y de su salud.

Naamán era varón, miembro de la élite del poder sirio y admirado y respetado en su nación. Además, *por medio de él* –según el decir de la Escritura–, *Dios le había dado grandes victorias a Siria* (v. 1, TLA²). Sin embargo, nada de eso lo libró de contraer la lepra.

De entrada, en la narración, se marca el radical contraste entre Naamán y la niña esclava. Este es poderoso y ella, vulnerable; él tiene nombre propio, ella, anónima; él está con su familia y su entorno natural, ella, en cambio, vive alejada de su familia y de su comunidad. Sin embargo, según cuenta la historia, ella posee algo que Naamán no tiene: la solución a su problema de salud: *Esa niña le dijo a la esposa de Namán: «¡Si mi patrón fuera a ver al profeta Eliseo, que vive en Samaria, se sanaría de la lepra!»* (v. 3). Y a partir de este punto, se desarrolla el relato hasta su desenlace.

A través de la historia, el narrador tiene como propósito mostrarles a los oyentes cuál es la verdadera alternativa para resolver un problema de vida, tal como lo vivían el poderoso Naamán y, como consecuencia de su estado de salud, su misma familia y el resto de su nación. Es obvio, como sucede en todo buen relato, que el autor nos llevará por los vericuetos de la complicación o nudo de la trama antes de conducirnos al clímax y al desenlace de la historia. Veamos todo, paso a paso.

De acuerdo con el narrador, la niña ha sido bien clara al indicarles a sus amos quién tiene la solución del problema de salud de Naamán y dónde hallarlo. A pesar de eso –y esto es exactamente lo que quiere el narrador recalcar–, Naamán, ante la noticia que le da la esposa, en lugar de recurrir a la niña, quien tenía la información correcta y precisa, se dirige, sin pensarlo dos veces, a informarle al rey de Siria. Y así sucederá en el resto de la historia: cada vez que Naamán recurre a los «adultos poderosos y hegemónicos» buscando solución a su problema, su

²TLA es la abreviatura de la Biblia publicada por las Sociedades Bíblicas Unidas y conocida con el nombre de *Traducción en lenguaje actual*. Las citas bíblicas en este ensayo están tomadas de esta versión, a menos que se indique lo contrario.

salud y su restauración total sufrirán un terrible retraso o simplemente no obtendrá el resultado deseado.

Un cuidadoso análisis del relato mostrará que hay dos tipos de personajes a lo largo de la historia: los «héroes» y los «antihéroes». Los segundos se definen a partir de individuos y conductas que buscan mantener las reglas de juego del *statu quo* y de resolver los problemas por la vía del «mundo real». Con ellos como «ayudantes», Naamán nunca logrará sanarse ni restituirse. Los primeros, es decir, los «héroes» se definen a partir de individuos y conductas marcadas por el paradigma o imagen de la infancia y, obviamente, van en contra de las reglas y parámetros del *statu quo*. En otras palabras, los unos son «los niños» y los otros, «los adultos». Entre esos «adultos» tenemos al rey de Siria, al rey de Israel; entre los «niños», a la niña esclava, el profeta y los siervos de Naamán. Naamán, en el relato, empieza del lado «adulto», pero termina del lado «infantil»; a diferencia de él, Guehazí (o «Giazi») empieza como «niño», pero termina como un «adulto» antihéroe.

Es muy elocuente constatar y comparar la conducta de los dos reyes del relato. El rey de Siria –como era de esperarse en este relato–, nos deslumbra con desplantes de poder y riqueza desmesurada: le da órdenes precisas a Naamán, le da órdenes precisas al rey de Israel y envía a Naamán con una desproporcionada carga de oro, plata y ropas lujosas (vv. 5-6). El rey de Israel, por su parte, al recibir la carta de su colega se llena de angustia, lo invade el terror y queda totalmente nulificado; su conclusión no puede ser otra: *Está buscando un pretexto para pelear conmigo* (v. 7). Ambos detentan el poder y tienen el control de sus respectivos pueblos; pero en este relato, el rey de Israel solo piensa en sí mismo, en salvar el pellejo y, como consecuencia, no tiene la capacidad de recordar que en Israel «hay un profeta de Dios» (v. 8). Ni siquiera trató de informarse.

Si comparamos la situación de vida de la niña y la del rey de Israel, podemos concluir que ambos sufren a consecuencia del poder avasallador y devastador del rey de Siria. Sin embargo, ambos actúan de manera diferente ante esa situación. El rey de Israel sigue el juego de las reglas del *statu quo* y, por no tener las agallas de enfrentarse al poder hegemónico de Siria, se refugia en la segunda salida, la del «sálvese quien pueda», la del individualismo, la de la falta de solidaridad, la del miedo y la apatía. La niña, por su parte, no apela a las reglas del *statu quo*, no «pierde la cabeza» ante las situaciones de angustia y adversidad, ni se encierra en su dolor y pena, sino que perdona, piensa en el otro y va directamente a la fuente de la solución del problema que vive «el enemigo».

Entra en escena el profeta Eliseo. Es uno de los héroes de la historia y aparece con la imagen de «niño». Es importante considerar, sobre todo en la persona de Eliseo, que la metáfora del niño en los relatos bíblicos no es la del abúlico, ni la del «echado atrás», ni mucho menos la del pusilánime o cobarde –como es el caso del rey de Israel–. Sabe qué tiene a su alcance, y dentro de sus posibilidades y habilidades hace uso de ellas para salir avante, no en su favor, sino tomando el camino de la solidaridad y la justicia: «*Deja que ese hombre venga a verme, para que se dé cuenta de que hay un profeta de Dios en Israel*» (v. 8). Al respecto vale la pena citar aquí las palabras de Walter Wink³ acerca de Jesús y de su actitud ante el poder y la grandeza:

³ Walter Wink, p. 7.

Jesús no condena la ambición o la aspiración; más bien cambia los valores a los que están vinculados: «El que quiera ser el primero deberá ser el último y el servidor de todos». Jesús no rechaza el poder, sino solo cuando se le usa para dominar a otros. Jesús no rechaza la grandeza, sino que la encuentra en la identificación y solidaridad con el necesitado... Jesús no renuncia al heroísmo, sino que lo expresa al renunciar a los poderes de la muerte y al confrontar, desarmado, al inamovible poder de las autoridades.

Cuando Naamán llega, con todo su poderío económico, ante la casa del profeta, Eliseo no se deja deslumbrar ni por el oro ni por la plata ni por los lujosos ropajes. Es más, ni siquiera se molesta en salir a recibir al dignatario. Envía a su asistente –que es, sin lugar a dudas, Guehazí– para darle las instrucciones de lo que debería de hacer si quería recobrar la salud. Obviamente, Naamán se enfurece por esa humillación y desacato. ¡Qué diferente es la conducta de Eliseo respecto de la del rey de Israel! Si el rey de Israel se llena de pavor y queda petrificado ante la carta del rey y la presencia de Naamán en su palacio, Eliseo, por su parte, no solo recibe a Naamán con el fin de ayudarlo a recobrar su salud, sino que lo obliga, tanto a él como al aparato imperial, a «jugar» siguiendo los criterios de la «tercera vía» y no los del *statu quo*:

Namán se enojó y se fue diciendo: «Yo pensé que el profeta saldría a recibirme, y que oraría a su Dios. Creí que pondría su mano sobre mi cuerpo y que así me sanaría de la lepra. ¡Los ríos Abaná y Farfar, que están en Damasco, son mejores que los de Israel! ¿No podría bañarme en ellos y sanarme?» (vv. 11-12).

No, Eliseo no le sigue el juego al sistema, y los sirvientes de Naamán lo saben muy bien (v. 13). Ellos, como la niña anónima y Eliseo, llegado el caso, se manejan con otras reglas. Así que con mucho respeto pero con firmeza empujan al amo a someterse a las reglas de juego del reino de Dios, de los niños, de la tercera vía. Y aquí precisamente, empieza el gran cambio en la vida de Naamán. Podemos decir, sin lugar a dudas, que aquí comienza ¡su conversión!

Ahora bien, hasta ahora, la niña de los versículos 2 y 4 no ha aparecido de nuevo en el relato –¡y ya estamos en el v. 14!–; pero esta apreciación se deduce tan solo de una lectura superficial de 2 Reyes 5. Se trata, más bien, de que el narrador ha diseñado el texto con tal arte y destreza que la niña y su proyecto de salvar a su amo están presentes a través de todo el relato. Varios son los elementos por medio de los cuales el autor demuestra esa presencia. El más obvio es la información que ella da en el versículo dos. Está presente también en la respuesta –aunque equivocada– de Naamán, en la de Eliseo y en toda la acción que desencadenó hasta llegar al versículo 14. Este versículo es clave, pues en él aparece, en primer lugar, el verbo «se volvió» y, en segundo lugar, la palabra «niño». Esta palabra traduce tanto en la TLA como en la RV60⁴ la expresión hebrea *na'ar qatón*, y es el correspondiente masculino de la expresión hebrea femenina del versículo dos: «niño pequeño». De este modo, el autor del relato coloca todo lo dicho en los versículos 3-13 dentro del marco formado por los versículos 2 y 14 en donde se encuentra la expresión «niña/o pequeña/o». La salvación de Naamán consistirá, afirma el narrador, en «convertirse» en «niño». Es decir, la niña esclava de guerra y anónima es el paradigma que marca el cambio tanto de salud como de estilo de vida y conducta del poderoso

⁴ RV60 es la Biblia publicada por las Sociedades Bíblicas Unidas y conocida con el nombre *Reina-Valera, revisión de 1960*.

comandante del ejército sirio, Naamán. Por eso es también necesario resaltar el papel importante que juega el verbo «volverse» (*shub* en hebreo). El hecho de que la piel de Naamán «se volviera» como *la carne un niño* (RV60) no es otra cosa que el primer paso de su conversión total, conversión que en la teología del texto de 2 Reyes 5 no es otra cosa que «volverse niño» como la niña anónima del versículo dos.

El verbo «volver» aparece de nuevo en el versículo 15, y con él se marca la «conversión» total de Naamán. A partir de aquí, la actitud y conducta del General cambian de manera radical. Hablemos de esa conversión punto por punto.

El segundo «volver» (v. 15) se refiere al «regreso» de Naamán a la casa del profeta. Pero nótese el cambio que ha ocurrido en la vida del admirado militar. Ya no es el que ordena, sino el que solicita humildemente (vv. 15, 17-18). A partir de ese segundo *shub*, Naamán no se presenta ante el profeta ni habla de sí mismo de otra manera que no sea como «siervo» (cuatro veces aparece esta palabra en 15-18). Como tal, ha dejado su posición de «jefe» y «adulto y poderoso» y se ha colocado en el nivel de sus «criados» o «sirvientes» (v. 12, aparece la misma palabra hebrea de los vv. 15-18, *ebed*) que es el mismo grupo al que pertenece la niña esclava de guerra del versículo dos. ¡Vaya conversión! ¿no?

Sin embargo, el cambio radical de Naamán no termina en el uso de la palabra «siervo» para referirse a sí mismo, sino en lo que sigue diciendo: En primer lugar, afirma su nueva fe en YHVH, Dios de Israel, y ofrece su ofrenda. Pero como ya lo había constatado anteriormente Eliseo, la oferta de salvación era por gracia, por lo que no aceptaba pago alguno por la conversión de Naamán. En segundo lugar –y aquí se nota su cambio de adulto a niño–, Naamán le solicita a Eliseo: *Permíteme llevar toda la tierra que pueda cargar en dos mulas, porque de ahora en adelante voy a ofrecer sacrificios y ofrendas sólo a Dios. No se los ofreceré a ningún otro dios* (v. 17). Aquel hombre adulto y orgulloso que había rechazado al río Jordán como un riachuelo insignificante (v. 12), ahora, como niño que ha pasado unos días en la playa y pide a los padres llevar arena para armar su cajón de arena y soñarse a la orilla del mar, pide dos cargas de tierra del mismo país del que antes se había burlado. En tercer lugar, y como clímax de su conversión total, en una acción de pura lógica infantil, le pide a Eliseo: *En esto perdone Jehová a tu siervo: que cuando mi señor el rey entrare en el templo de Rimón para adorar en él, y se apoyare sobre mi brazo, si yo también me inclinare en el templo de Rimón, cuando haga tal, Jehová perdone en eso a tu siervo* (v. 18, RV60). La respuesta de Eliseo no podría ser otra. Con la misma lógica infantil le dice: *Vete tranquilo* (v. 19). ¿Cómo puede ser que este recién «convertido» a la fe yahvista, pidiera tal cosa? ¡Inclinarse ante la imagen del ídolo del dios extranjero! Y, ¡peor todavía!, que el mismo profeta de YHVH se atreviera a responderle que lo hiciera, que según él no había problema alguno.

Pero precisamente esa es la lógica infantil, la lógica del reino de Dios. Si no hay de por medio intención malvada ni idolátrica ante Dios, ¿por qué caer presa de dogmatismos y actitudes inflexibles? En el mundo de los niños tienen espacio abierto el juego, la creatividad, la sorpresa y la libertad. En este mundo, las estructuras no se transforman nunca en ley. Cada día se presenta como un espacio libre que permite que todo comience de nuevo. Ese es el comienzo –tan novedoso y sorpresivo e impensable en el mundo adulto del racionalismo y la lógica del *statu quo*, del mundo «real»– al que se refiere el profeta Isaías en 11.3-6. Todas las leyes,

naturales, sociales y políticas se trastruecan en el reino mesiánico de Dios, el mundo de los niños. ¡Los enemigos más encarnizados conviven juntos y se comportan como compañeros de juego! Y lo más extraordinario es que su líder no es otro más que ¡un niño!, un *na'ar qatón* (v. 6), como la niña de 2 Reyes 5 y como el Naamán transformado en niño de ese mismo relato.

Y así regresamos a la idea central de la cita de Wink al principio de este ensayo: La niña esclava, prisionera de guerra, no se sumió en su tristeza y vulnerabilidad, ni tampoco ignoró el crimen producido por el odio entre naciones y razas. Más bien los superó y se lanzó al camino del perdón y la reconciliación, y de ese modo se liberó de sus naturales amarguras y odios y transformó la vida del mismo hombre que personificaba la definición de «enemigo» para todo israelita que había sufrido de la violencia y opresión del pueblo sirio.